

VI DOMINGO DE PASCUA C/2007

Desde la resurrección de Jesús, hemos visto que por el trabajo de los Apóstoles, y sobre todo de Pablo y Bernabé, la Iglesia ha crecido y se ha extendido a las tierras de los gentiles, haciendo nuevos discípulos y trayendo a nuevos miembros dentro de la comunidad. Aquel crecimiento no era sólo beneficioso a la Iglesia, pero esto también trajo problemas y relaciones tensas, como oímos en la primera lectura de hoy. ¿Podrían todos los nuevos conversos ser solamente bautizados, o deberían también ser circuncidados respetando así la Ley de Moisés?

Esto era una cuestión difícil que la Iglesia había tenido que afrontar in su principio. Para resolver esto problema, fue decidido que Pablo, Bernabé y algunos de ellos deberían ir a Jerusalén para consultar con los apóstoles y los ansíenos. En aquella reunión se levanto un consenso en el cual se estableció que sólo el bautismo y pocas leyes eran importantes para los Gentiles a fin de facilitar el contacto social con cristianos de origine judío.

Esta lectura es muy importante debido a las enseñanzas que podemos aprender de ello. Primero, la discusión sobre lo que los Gentiles deberían observar al unirse a la Iglesia muestra que quienquiera que anuncia el Evangelio debe cuidadosamente distinguir entre el contenido del mensaje y el modo que una cultura lo expresa. Nadie tiene el derecho de imponer su modo de rezar en otros, como si era lo mejor o el único camino posible. Cuando tratamos de imponer nuestras propias vistas y tradiciones en otros, pasamos por alto el lugar central que la palabra de Jesús juega en la comunidad cristiana.

Segundo, el hecho que Pablo y Bernabé se refieren a los Apóstoles en Jerusalén, en vez de resolver el problema en privado ellos mismos, es un signo que la Iglesia no es un asunto privado; es una comunidad estructurada, que tiene una jerarquía cuyo papel debe dirigir y juntar a todos los creyentes en la fidelidad al espíritu y la palabra de Jesucristo. Tal proceso puede clarificar la importancia de los Concilios en la historia de la Iglesia y el papel de liderazgo que el Papa realiza en la Iglesia.

Tercero, a fin de resolver el conflicto, los apóstoles se refieren “al Espíritu Santo y nosotros”, lo cual significa el Espíritu Santo y el colegio de los apóstoles, o comunidad. Éstos son dos casos importantes sin los cuales el trabajo de la Iglesia se hace un negocio humano puro o dirige el riesgo de hundirse en la ilusión de tomar el interés privado de alguien como el interés de la Iglesia entera. Sin embargo, es también cierto que el Espíritu Santo no actúa mágicamente. Es solamente a traves de la oración y el escuchar la palabra de Jesús que el Espíritu habla a nuestro corazón, y nos permita entrar in discernimiento, y tomar buenas decisiones. Nos engañaremos por otra parte tomando nuestras emociones como inspiraciones espirituales, o nuestros deseos personales imponiéndolos sobre los demás como una verdad.

Según el Evangelio de Juan, el Espíritu Santo es reforzado en nosotros sólo cuando amamos a Jesús. Amar a Jesús quiere decir guardar su palabra. Guardar su palabra significa amar a su Padre. Así que, entonces, el amor es la base de todo. Dios ama a Jesús; Jesús ama a Dios; Dios nos ama; Jesús nos ama; amamos a Dios por Jesús; amamos el uno al otro; el cielo y la tierra, los seres humanos y Dios, y los seres humanos el uno con el otro estamos todos unidos por el laso del amor. ¿Cómo podemos demostrar que amamos a Jesús? – Por nuestra obediencia a su palabra.

Sin guardar su palabra, no hay ningún modo de mostrar que lo amamos. Aquella palabra que guardamos no es sólo la palabra de Jesús, pero la de su Padre que le ha enviado al mundo. Por eso cuando guardamos la palabra de Jesús, la relación de amor que nos lleva a Jesús, y de nosotros al Padre, y del Padre a Jesús y a nosotros, es intensa. Entonces, Jesús y su Padre pueden hacer su vivienda dentro de nosotros, porque lo amamos. En esta perspectiva, nos hacemos, cada uno en particular, un espacio donde Dios habita, una casa para el Señor. ¡Hacer una casa al Señor' es un verdadero desafío! ¡Qué gran esfuerzo requiere para hacer un refugio al Señor!

Todo esto nos ayuda a entender por qué el Espíritu Santo es importante como un abogado sabio, que Jesús llama el paráclito, que debe dirigirnos y ayudarnos en esta misión; Él es también importante, porque Jesús vuelve a su Padre. En este aspecto, el Espíritu Santo es el ayuda que Jesús nos está dejando. Su papel es doble. Por una parte, él tiene que enseñarnos todo. No, que Jesús se haya olvidado de decirnos algo. La verdad, sin embargo, es que Jesús no entraba en detalle de todas las consecuencias y las aplicaciones concretas de su mensaje a través del tiempo. El Espíritu está allí a fin de instruirnos sobre que hacer y como hacerlo. En este aspecto, somos los aprendices perpetuos de las cosas de Dios hasta el final de nuestra vida.

Por otra parte, el Espíritu Santo nos recordará de todo lo que Jesús dijo. De hecho, como la Iglesia crece con el tiempo, ella se enfrentará con nuevas situaciones, nuevo contexto y nuevas cuestiones. El papel del Espíritu es, entonces, hacernos volver a lo que Jesús dijo de modo que nosotros permanezcamos en el camino de la verdad. En otras palabras, Jesús nos asegura que siempre encontraremos respuestas convenientes a nuestras preguntas, una respuesta en la armonía con su enseñanza, si nos mantenemos escuchando su palabra y abriendo nuestros corazones a la obra de su Espíritu. Esto nos exige valor para cambiar radicalmente; nos estamos indefensos y solos.

Cuando nosotros dejamos espacio para el Espíritu Santo, entonces, podemos llenarlo con el regalo de paz. No hay ninguna cosa más valiosa que alguien puede desear para él mismo que la paz del corazón. Tener la es como poseer un manantial en el campo en tiempo de sequía, o bastante alimento en el almacén en tiempo de hambre. Tal paz no significa que no habrá conflictos; pero es un medio espiritual que nos ayudara a resolver de una forma correcta nuestros problemas. La paz que el mundo da es una paz efímera, que resulta de no querer afrontar los problemas. La paz que Jesús da es una paz de corazón que se esfuerza para nuevas relaciones entre individuos y entre pueblos y naciones, más allá de diferencias, oposiciones y conflictos. Oremos por la paz que sobrepasa todo entendimiento. Que Dios llene los corazones de todos los aquí presentes, especialmente los corazones de todas las madres que tienen que ser verdaderos testigos del amor de Dios en sus familias. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Hechos 15, 1-2, 22-29; Revelación 21, 10-14, 22-23; Juan 14, 23-29



Fecha de Sermón: Mayo 13, 2007

© 2007 – Padre Felicien Ilunga Mbala

Contacto: www.mbala.org

Nombre de Archivo: 20070513homilia.pdf